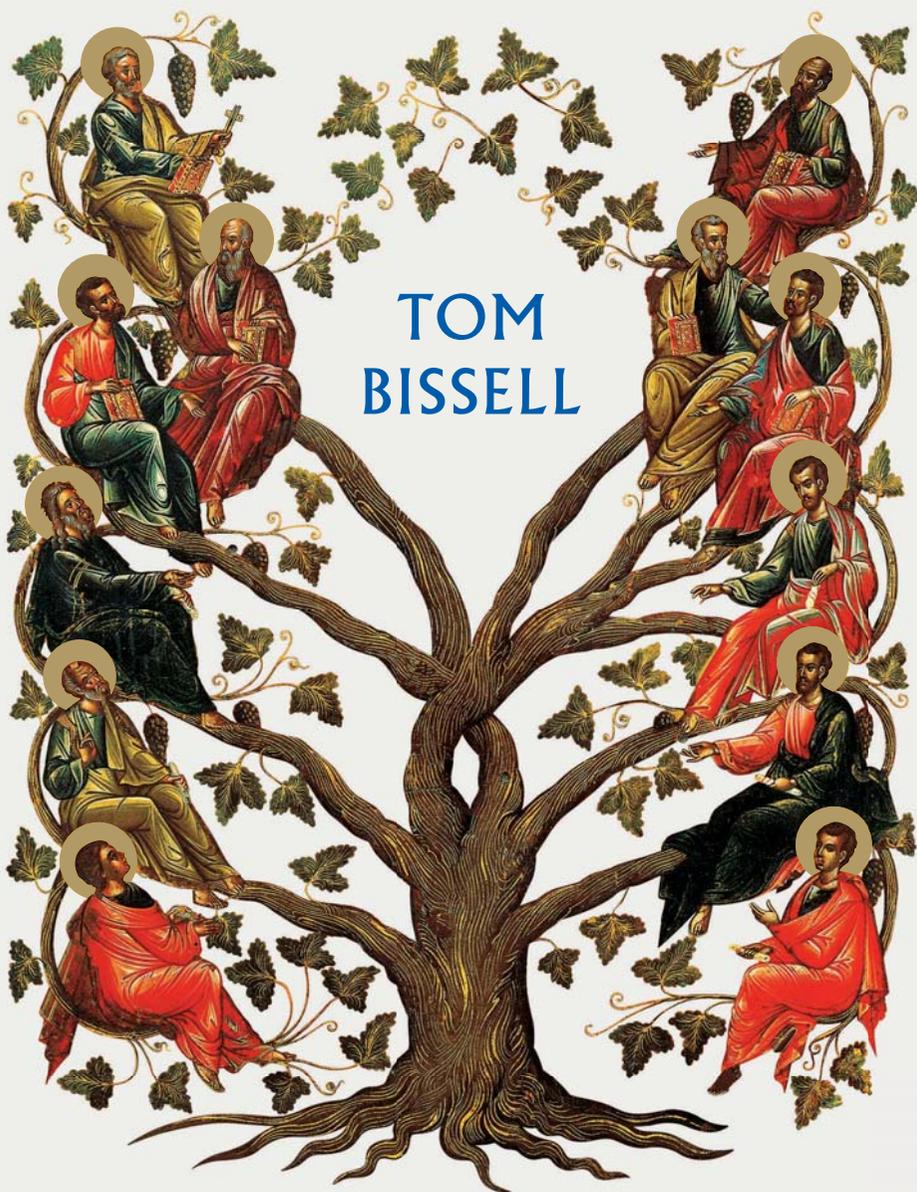


APÓSTOLES



TOM
BISSELL

HISTORIA Y LEYENDA
DE LOS DISCÍPULOS DE JESÚS

Ariel

Tom Bissell

Apóstoles
Historia y leyenda
de los discípulos de Jesús

Traducción de Juanjo Estrella

Ariel

Título original: *Apostle: Travels Among the Tombs of the Twelve*

Publicado originalmente en los Estados Unidos por Pantheon Books

1.ª edición: noviembre de 2016

© 2016, Thomas Carlisle Bissell

Esta traducción se ha publicado con el acuerdo de Pantheon Books, un sello de The Knopf Doubleday Group, una división de Penguin Random House, LLC.

© 2016, de la traducción, Juanjo Estrella

Parte de esta obra fue publicada originalmente en *The Lifted Brow*, *The Virginia Quarterly Review* y *The Best American Travel Writing 2010*. El autor quiere dar las gracias a la Accademia Americana de Roma, a The Black Mountain Institute y a The John Simon Guggenheim Memorial Foundation por su ayuda

Fotos de Judas Iscariote y Jesucristo: cortesía de Marco Ronchin
Resto de fotografías: © Marie-Lan Nguyen/Wikimedia Commons

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo
y propiedad de la traducción:
© 2016: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN 978-84-344-2469-2

Depósito legal: B. 21.281- 2016

Impreso en España por Huertas Industrias Gráficas

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Índice

Nota del autor	11
Judas Iscariote	29
Bartolomé.....	81
<i>Histoiresai</i> : sobre Pablo	101
Felipe y Jacobo hijo de Alfeo.....	131
Pedro.....	173
Andrés	231
Juan.....	271
Tomás	323
<i>Christos</i> : sobre Jesucristo	391
Simón el Cananeo y Tadeo	429
Mateo	471
Jacobo hijo de Zebedeo.....	521
Glosario onomástico y terminológico.....	529
Agradecimientos	533
Bibliografía.....	535
Índice alfabético	551

Judas Iscariote

Aceldama, Jerusalén, Israel

CEDRÓN E HINÓN · INFIERNO EN LA TIERRA ·
EL CAMPO DE SANGRE · LOS PEREGRINOS DE
NEW ULM · «AMIGO, HAZ LO QUE HAS VENIDO
A HACER» · LA MUERTE ESPANTOSA · NAZAR
EL PASTOR · LA TEORÍA DE DE QUINCEY · EL
MISTERIO DE LA TRAICIÓN · PELEA CALLEJERA

I

Parece que la primera mención a Jerusalén se halla en una pieza de cerámica egipcia de 3.800 años de antigüedad. Desde entonces, durante gran parte del tiempo, la ciudad se ha percibido como un lugar remoto y desconcertante, una especie de Salt Lake City para la historia del mundo. Gran parte de su suelo es pobre y arenoso, y el río o el puerto más próximos dignos de tal nombre están a muchos kilómetros de distancia. Que esa ciudad de tan insignificante valor estratégico se convirtiera en la Estación de Finlandia del monoteísmo es uno de los accidentes más extraños de la historia. Dios no habría elegido nunca Jerusalén, así que Jerusalén eligió a Dios.

Desde el punto de vista topográfico, la ciudad no tiene nada que la haga recomendable más allá de dos valles



agradables, ondulados, conocidos como los valles de Cedrón e Hinón, en sus extremos sur y este. Los dos son profundos y desérticos, salpicados de penachos de matojos y flanqueados de arbustos bajos, grises, que parecen exprimidos y despojados de su clorofila. Aunque esos fosos naturales ofrecían a los primeros habitantes de Jerusalén una protección considerable contra los invasores, en épocas posteriores su eficacia quedaría anulada, haciendo de la ciudad una de las más sometidas a ocupación de todo el mundo.

El sol, aquí, actuaba de manera muy curiosa sobre el paisaje, destacando los grises y los arenas, apagando los verdes, y rodeando los miles de casas de las laderas con campos de fuerza cegadores, temblorosos. En algún punto, frente a nosotros, el valle de Hinón se cruzaba con el de Cedrón, que tenía un pasado ilustre. David había atravesado el valle de Cedrón huyendo de Absalón, su hijo traidor. Un joven sanador galileo llamado Jesús pasó con su burro por el valle de Cedrón durante su viaje, inicialmente triunfal, hasta Jerusalén. Alzándose en el interior del valle de Cedrón se encontraban muchos de los monumentos funerarios más espectaculares aún en pie desde el siglo I —atrevidas construcciones con columnas excavadas directamente en las paredes rocosas del valle—, así como unas tumbas que supuestamente eran de los profetas Zacarías e Isaías.

El valle de Hinón, que parte del extremo occidental de la Ciudad Vieja, cerca de la Puerta de Jaffa, y dobla en giro abrupto para reptar a los pies del monte Sión, desprendía unas vibraciones históricas más siniestras. Según un versículo bastante enigmático de II Reyes, el valle de Hinón es donde los niños, al parecer, se quemaban vivos como ofrendas a unos dioses cananeos tercamente exigentes. Jeremías va más lejos y cita la diatriba del Señor contra aquellos que derraman la «sangre de los inocentes» en este «valle de matanzas». Posteriormente se usó como lugar para deshacerse de cosas consideradas impuras (una categoría bastante am-

plia para los antiguos judíos). Allí se quemaban todos aquellos desechos, incluidos los cadáveres considerados contaminados. El humo y el hollín grasiento de aquellas hogueras, que en ocasiones recordaba al olor de carne humana asada, llegaba a las calles de Jerusalén, impregnaba las túnicas y oscurecía las fachadas de los edificios.

En el siglo I, el valle de Hinón ya no se usaba como horno al aire libre, pero, al parecer, hay asociaciones difíciles de borrar. En griego, Hinón se convierte en *Gehena*, un término que aparece varias veces en el Nuevo Testamento. En el Evangelio según San Mateo, Jesús afirma que es un lugar del que «escribas y fariseos» no podrán escapar, mientras que en el Evangelio según San Marcos, Jesús se refiere a su «fuego insaciable». Ahí se encontraba la extraña tradición religiosa cuya creación podía reseguirse prácticamente paso por paso. Empezaba con un lugar situado a los pies de una ciudad, relacionado con el sacrificio de niños y la incineración municipal. Terminaba con una cárcel despiadada que trascendía dimensiones y que se imaginaba ubicada por debajo del mundo físico. El valle de Hinón era un lugar en el que, más que de manera figurada, uno podía caminar literalmente por el infierno.

También albergaba un lugar de profunda pero ambigua importancia para el cristianismo primitivo, aunque su ubicación concreta iba resultando cada vez más difícil de verificar. Jay y yo estudiábamos juntos nuestro plano. En él, los nombres de los lugares en negrita (Puerta de Herodes, Establos de Salomón, Cúpula de la Roca, Muro Occidental) se arracimaban, muy juntos, en tal cantidad que invitaban a la desesperación ante la imposibilidad de llegar a verlos todos alguna vez. Sin embargo, abajo, casi al borde de nuestro mapa —destacándose casi en solitario, salvo por las letras en cursiva del VALLE DE HINÓN— se encontraba nuestro destino: Aceldama. Llevábamos casi una hora buscándolo. Jay propuso que probáramos por otro sendero más. Aquélla era su primera visita a Jerusalén. También era la mía, pero él era historiador, así que le seguí.

Un muro no más alto que nuestras pantorrillas, construido con piedras de un marrón muy claro, reseguía el nuevo sendero. Algunos de los otros que habíamos seguido estaban asfaltados; ése no. No lo habían hollado muchos pies; la gravilla del camino todavía estaba suelta, y crujía a nuestro paso. A la izquierda quedaba la base del monte Sión, cuya ladera sur era árida y estaba poco desarrollada. A la derecha se alzaban unas paredes rocosas, en lo alto de las cuales asomaban unos pocos bloques de pisos de piedra caliza. Aquella mañana había llovido. En algunos puntos, el agua acumulada desguazaba al valle, como si alguien se dedicara a vaciar jarras y más jarras de gran capacidad. Junto al camino había varias cuevas poco profundas, en su mayoría cerradas con estacas. Pasamos junto a lo que parecían zonas de excavación, valladas con alambre. Todas ellas, pequeñas, transmitían esa pulcritud arqueológica de los yacimientos en activo, pero aquella tarde allí no había ningún arqueólogo que pudiera ayudarnos a encontrar Aceldama.

La Ciudad Vieja de Jerusalén es un lugar en el que incluso los callejones más modestos albergan restos de importancia mundial. En la mayoría de los casos, se trata de suposiciones. En cambio, Aceldama era uno de los pocos lugares mencionados en el Nuevo Testamento cuya ubicación actual los especialistas consideran razonablemente cierta, y sin embargo no había ni placas que dejaran constancia de él, ni carteles que lo anunciaran, ni caminos claros que llevaran hasta allí. Sólo cuevas, barro y arbustos.

Desde donde nos encontrábamos, veíamos al menos diez senderos que recorrían el valle de Hinón. No había nadie en ninguno de ellos. Jay, que ya se había adelantado bastante, encontró una sandalia y, unos pasos más allá, una pelota de goma. Pasamos por encima de un murito tras el que seguía un sendero estrecho en exceso, y embarrado, que iba a dar a otro descampado. Por fin, Aceldama. Sobre la tierra, entre las malas hierbas, asomaban unas piedras con forma de mandíbulas caninas. Un árbol muerto, el tronco seco y gris como el

cemento, estaba plantado casi en medio del claro, todas sus ramas desnudas apuntando en la misma dirección, como modelado por el viento durante milenios. Una mujer palestina que llevaba la cabeza cubierta con un pañuelo blanco, y la compra en bolsas de plástico, pasó caminando por el borde del camino, sobre nosotros.

Desde Aceldama se veía muy poco de la Ciudad Vieja. Distinguíamos el monte de los Olivos, desde donde se dice que Jesús ascendió a los cielos, y que estaba coronado por una diadema resplandeciente de 150.000 lápidas judías, blancas como la sal. En la ladera, aquí y allá, alternaban unos cedros altos, desgreñados, con los olivos, más bajos y redondeados, pero gran parte del monte estaba pelado. (Los romanos habían talado casi todos los árboles de la zona durante la Primera Guerra Judeo-Romana [66-73 e.c.] para poder construir máquinas de asedio. Por lo que se veía, la vegetación nunca había llegado a recuperarse del todo.) Jesús fue detenido en algún punto del monte de los Olivos, o a sus pies, en el huerto de Getsemaní, del que actualmente sólo puede suponerse, con cierto criterio, su ubicación. Según las escrituras cristianas, uno de los propios discípulos de Jesús guió al grupo de arresto hasta Getsemaní, y tradicionalmente se ha creído que Aceldama fue el lugar en el que el traidor encontró su final.

II

Según las diversas copias antiguas de los textos del Nuevo Testamento que lo mencionan, Aceldama puede denominarse de distintas maneras: Akeldama, Acheldemach, Akeldaimach, Haceldama. Se trata de una transliteración del arameo *haqel dema*, y significa «campo de sangre».

El Evangelio según San Mateo y Hechos de los Apóstoles son los únicos textos del Nuevo Testamento (universalmente atribuidos al evangelista Lucas) en los que se menciona el Campo de Sangre. En ellos se ofrecen etimologías contra-

dictorias del nombre, pero el apóstol Judas, el que traicionó a Jesús, resulta fundamental en ambas versiones. Papías de Hierápolis, uno de los cristianos más destacados del siglo II,¹ también relaciona a Judas con un campo y describe su hedor, imposible de erradicar, aunque no se refiere a él como a un «campo de sangre».

Algo le ocurrió al discípulo que guió a las autoridades hasta Jesús. Algo que tuvo que ver con un campo. Dos mil años después, Jay y yo nos encontrábamos en medio de un lugar que, con cierta verosimilitud, podía atribuirse ser dicho campo. Muchos creían que ahí, un misterioso y calamitoso destino fue al encuentro del traidor más denostado de la historia de la humanidad. Con todo, una vez pasado el escalofrío inicial de su notoriedad, Aceldama era un sitio solitario y aburrido a más no poder. Suponía una decepción, pero no más que gran parte de lo que tenía que ver con Jerusalén.

La naturaleza compartimentada de la ciudad era, tal vez, su rasgo más antipático. No se permite a nadie entrar ni en una cafetería sin que tenga que pasar bajo el arco detector de explosivos de algún guardia de seguridad. Es algo que uno ya da por sentado, por supuesto. Lo que uno ya no da tan por sentado es que de las puertas de las iglesias cuelguen carteles en los que puede leerse LAS ARMAS DE FUEGO ESTÁN TERMINANTEMENTE PROHIBIDAS, ni que los caballos de la policía israelí lleven los ojos protegidos por visores de plexiglás. Entretanto, la gente de la ciudad vivía en una especie de cordialidad más que evidente. Las atestadas calles de Jerusalén transmitían esa sensación de agobio y falta de espacio de un congreso al que nadie le apetece mucho asistir. Popes griegos ortodoxos con sotanas negras, gafas de sol y sombreros anchos. Jasidíes y mujeres árabes tocadas con pañuelo que cruzaban las ca-

1. Aunque su nombre aparece con relativa frecuencia en la obra de los padres de la Iglesia, Papías es un hombre del que se sabe poco, más allá de que su iglesia estaba vinculada a uno de los lugartenientes de Pablo, un hombre llamado Epafras.

lles a toda prisa, como huyendo de la modernidad. En la calle del Rey David, los vendedores daban un paso al frente entre la multitud, encontraban a alguien a quien mirar a los ojos, le indicaban una dirección que ese alguien no había solicitado, y entonces exigían, como favor recíproco, que ese alguien echara un vistazo a su tienda y se gastara cincuenta dólares en ella.

Los mercados mismos eran en gran parte patíbulos de mercancía infecta: tazas hechas con cuentas, medias de cuerpo entero, camellos de peluche, rifles de plástico, copias pirata de *Toy Story* en árabe, piñas secas que hubieran podido someterse a la prueba del carbono 14... En una esquina, un grupo organizado de turistas evangelistas guiados por un señor que tenía un marcado acento sureño discutía sobre el versículo inicial del Salmo XXIII, mientras a pocos pasos otro grupo, esta vez de católicos apostólicos romanos, guiados por un cura joven, quemado por el sol, se detenía frente a una de las estaciones de la Vía Dolorosa. Entretanto, unos soldados israelíes armados con M-16 los miraban por encima del hombro con gesto de evidente irritación. Algo más abajo, unas colegialas palestinas deslenguadas insultaban a gritos desde lo alto del muro del colegio de al Aqsa. Cerca de allí, otros turistas contemplaban asombrados la gigantesca corona de espinas que decora el interior de la cúpula de la iglesia de la Flagelación, mientras otros posaban bajo una cruz fija, dispuesta para las fotografías, y ponían cara de esfuerzo. Unos palestinos jóvenes regentaban tenderetes en los que vendían camisetas con la inscripción LIBERTAD PARA PALESTINA pero también otras con el lema POR SIÓN... YO NO ME CALLO.

Tal vez fuera fácil enamorarse de Jerusalén, pero era casi imposible que la ciudad te gustara. Como comentó Jay, su tendencia al exceso no podía sorprender. Durante el siglo II a.C. un movimiento nacionalista judío derrocó a los gobernantes seléucidas, descaradamente helenizantes, y pasó a fundar la dinastía asmonea, un régimen que llegó a

ser tan cruel y espantoso como el de cualquier señor de la guerra de estilo griego. En el siglo I, los zelotes judíos encargados del templo iniciaron una revuelta contra los romanos destinada al fracaso que supuso, entre otras cosas, la destrucción de dicho templo, que ya no fue nunca reconstruido. Los cristianos nunca se han comportado más bárbaramente que durante sus varios intentos, tanto los culminados con éxito como los fracasados, de controlar Jerusalén. Los musulmanes, en la Edad Media, saquearon en una ocasión la supuesta tumba de Jesús, nada menos, y en la actualidad, sus herederos del siglo XXI salen a la calle a protestar contra un editorial de periódico desacertado.

Un sacerdote dominico alemán que visitó Jerusalén a finales del siglo XV ya se preguntaba si los santuarios ante los que se postraba guardaban alguna relación con los lugares que afirmaban conmemorar. Los escenarios en los que Jesús fue encarcelado, azotado y finalmente condenado por Pilatos no han dejado de cambiar de sitio a lo largo de los siglos, a menudo sin más fundamento empírico que el capricho de un nuevo cruzado señalando con su espada a un punto o a otro. En ese sentido, la iglesia del Santo Sepulcro, el lugar más sagrado del cristianismo, era y no era una excepción. Si bien su ubicación responde del todo a la fantasía (el primer lugar de devoción erigido ahí por los arquitectos de Constantino en el siglo IV se construyó en reconocimiento de una temprana tradición local), muchas de las atribuciones de los elementos que contiene el sepulcro (tales como la tumba de Adán y el verdadero centro de la Tierra) resultaban, como mínimo, desconcertantes. El edificio que existe hoy es, en gran medida, una versión medio restaurada, medio reconstruida, de una iglesia consagrada en el siglo XII por los cruzados. Debilitado por diversas adversidades a lo largo de los últimos mil años, el Santo Sepulcro de la actualidad solamente presentaba el aspecto de estar a punto de derrumbarse y matar a todos los que nos encontrábamos en su interior.

Muchos cristianos viven una experiencia emocional difícil en el Santo Sepulcro. Acuden a ver el lugar en el que Jesús fue crucificado y a contemplar la cueva cercana en la que su cuerpo fue sepultado. Pero se encuentran con unos coptos encapuchados que ponen mala cara, con unos armenios con barbas de malvados, con una oscuridad medieval y con asfixiantes nubes de incienso. El Santo Sepulcro está dividido en varias zonas supervisadas por seis denominaciones cristianas para las que el ecumenismo es una ocurrencia que se da una vez cada milenio. (Durante gran parte de un siglo, la iglesia estuvo llena de antiestéticos andamios, porque ninguno de sus custodios se ponía de acuerdo sobre la manera de ejecutar la tan necesaria reforma.) Como es sabido, es una familia musulmana la que custodia la llave de la iglesia, pues sólo en ellos se confía para que dejen entrar a todos los demás.

La iglesia del Santo Sepulcro era solamente una partícula radiactiva girando alrededor del desastre espiritual de la ciudad que la albergaba. Durante décadas, los problemas de Jerusalén han mantenido cautivo a nuestro mundo. Esa triste realidad se hace más patente en el Muro Occidental, el único fragmento superviviente del Segundo Templo, destruido por los romanos hacia el final de la Guerra Judeo-Romana, en el año 70 de nuestra era. Visualmente, causa asombro: la muralla de almenas como dientes de bebé, las matas que brotan entre las grietas como pelos de punta, el tamaño irregular de las piedras que la forman, el brillo que refleja cuando atrapa y retiene la luz oblicua de la tarde. Muchos de los judíos que ese día llegaban al muro rezaban por la aniquilación de la mezquita de al Aqsa y la Cúpula de la Roca² construidas sobre él,

2. La Cúpula de la Roca se consagró como iglesia durante un breve periodo, en 1099. Fue reislamizada en 1187 cuando los ejércitos de Saladino conquistaron Jerusalén. Los cristianos conquistarían de nuevo Tierra Santa entre 1229 y 1244, año en que las fuerzas musulmanas volvieron a derrotarlos. Desde entonces, el cristianismo, formalmente, no ha mantenido ningún gobierno sobre la tierra de Jesús.

y en el interior de ésta, alrededor de su cúpula, puede leerse lo siguiente: «Dios es sólo uno. Lejos de su gloria tiene un hijo». Mientras veíamos a la gente rezar en el Muro Occidental, Jay dijo: «Jerusalén es una ciudad de contradicciones. Concretamente, de tres».

Antes de que nuestra búsqueda de Aceldama se hubiera iniciado ese día, Jay y yo nos habíamos detenido a comer algo en lo que había llegado a ser nuestro puesto de falafel favorito. Cuando estábamos ya a punto de terminar el almuerzo, un grupo formado por casi cuarenta peregrinos procedentes de New Ulm, Minnesota, invadió el restaurante, por lo demás prácticamente vacío. Su guía palestino se quedó fuera, fumando, muy concentrado. Una vez que el dueño les explicó qué era un falafel, los treinta y tantos pidieron hamburguesas. Un señor con aspecto de Santa Claus, de barba blanca, espesa, manchada de nicotina, y ojos de una alegría intensísima, se instaló junto a Jay. Su mujer, de pelo corto y sonrisa nerviosa, se sentó a mi lado. Se los notaba a los dos con muchas ganas de charlar con quienes, según descubrieron con gran regocijo, eran dos compatriotas suyos estadounidenses. Llevaban seis días en Israel. ¿Qué habían visto? Belén, claro, Galilea, donde habían posado la vista sobre el punto mismo en el que Jesús había caminado sobre las aguas. Aquella mañana los habían llevado hasta la puerta de otro lugar asombroso: la mazmorra en la que habían azotado a Jesús, por más que en el Nuevo Testamento no se menciona la existencia de dicha mazmorra. ¿Y nosotros? Nosotros les hablamos de nuestro plan de ir en busca de Aceldama, que supuestamente Judas había comprado con el dinero que había obtenido por traicionar a Jesús. El marido y la mujer se revolvieron en sus asientos, incómodos, e intercambiaron una mirada de póquer. Jay se apresuró a contarles que era historiador profesional. Se había especializado en las cruzadas en general, pero su área concreta de interés era cómo percibían Jerusalén las personas que nunca habían estado en la ciudad. Les explicó a nuestros nue-

vos amigos que casi todas las primeras guías sobre Jerusalén las habían escrito escribas cruzados que sistemáticamente habían olvidado —para desesperación de los historiadores modernos— tomar nota de la realidad contemporánea de la ciudad que los rodeaba, y que se habían concentrado, en cambio, en imaginar que habían encontrado el punto exacto en el que Jesús había salvado a la mujer adúltera de la lapidación, o en el que María había aprendido el salterio.

Nuestros nuevos amigos asintieron educadamente, y permanecieron un buen rato sin decir nada. Al final, el hombre alzó la vista y preguntó: «¿Por qué diantres quieren ir a ver el sitio en el que Judas se suicidó?».

III

«La figura de Judas Iscariote —ha escrito un conocido autor cristiano— es la más trágica de la Biblia.» Otro afirma: «Cometió el acto más espantoso y cruel que haya cometido jamás individuo alguno». Pero otro dijo que Judas «es el mayor fracaso que el mundo ha conocido». El nombre de Judas Iscariote³ se ha convertido en un electroimán para la maldad.

3. Los escribas de los textos del Nuevo Testamento tienden a transcribir «Iscariote» al menos de diez maneras distintas. Nadie sabe cuál se suponía que era el significado del término, pero las teorías abundan. La idea de que «Iscariote» significa «hombre de Keriot» cuenta con una aceptación antigua entre escribas y padres de la Iglesia. En efecto, numerosos manuscritos tempranos de Juan incorporan «de Keriot» en lugar de «Iscariote». Juan también menciona que Judas tiene un padre, un tal Simón Iscariote, lo que redundaba en la idea de que el nombre es en realidad de naturaleza toponímica. Las teorías de que el nombre de Judas hace referencia a su intención última (según las cuales «Iscariote» significaría «hombre de mentiras», o «el de color rojo», lo que revela un antiguo rechazo cultural hacia los pelirrojos) se han revelado populares a lo largo de los siglos, por más que poco convincentes. La suposición más corriente en relación a «Iscariote» es que se refiere a los «sicarios» una banda violenta de extremistas judíos. Según Flavio Josefo, los sicarios iban armados con espadas pequeñas que se parecían a las dagas curvadas persas, que los romanos denominaban *sciae*. El problema es que Josefo sitúa de manera explícita a los sicarios en la época

Quién fue Judas, qué hizo, por qué lo hizo y cuál es su significado último son cuestiones que el cristianismo ha abordado ya desde sus primeras décadas. En los siglos siguientes, muchos —tanto creyentes como no creyentes— han intentado aclarar, a partir de sus escasas apariciones en las escrituras, una personalidad compleja y lo bastante importante como para ser digna del crimen por el que es condenado. Ello ha llevado a la aparición de muchos Judas imaginados. Se nos ha presentado a uno atormentado y penitente, a otro dominado por demonios, a un Judas poseído por el diablo, a un Judas que está enfermo, a un Judas que es leal, a un Judas que hace lo que tiene que hacer, a un Judas que quiere que Jesús actúe contra Roma, a un Judas que está confundido, a un Judas amoroso, a un Judas que ama a las mujeres, a un Judas que mata a su propio padre, a un Judas que trabaja de agente doble, a un Judas que no comprende lo que ha hecho, a un Judas que se suicida, a un Judas que llega a viejo, a un Judas que ama a Jesús «como el frío ama a la llama», a un Judas que es el agente de la salvación misma.

El profesor de estudios religiosos Kim Paffenroth, uno de los jueces contemporáneos más sagaces de Judas, escribe que todo ese empeño de la imaginación ha sido en vano. «Jamás veremos a Judas —afirma— y jamás lo veremos porque, como ocurre con todos los personajes históricos o literarios, se encuentra en todas partes y en todos.» Uno de los primeros documentos sobre martirios, escrito a mediados del siglo II, proclama que quienes traicionan a sus correligionarios cristianos han «recibido el castigo de Judas mismo». Hacia el siglo III los cristianos advertían en sus epitafios de que todo

del procurador romano Festo, que gobernó a partir del año 50 de nuestra era, y en ningún momento menciona que existieran —y mucho menos que estuvieran activos— durante la época de Pilatos. Hay quien ha defendido que, en todo caso, los escritores del evangelio pretendían que el nombre de Judas se asociara a la villanía de los sicarios, pues pocos de los que estaban vivos durante el siglo I habían visto con buenos ojos a unos sicarios que se dedicaban al secuestro y el asesinato.

profanador o ladrón de tumbas «compartiría el mismo destino que Judas». Cuando, en la Edad Media, empezó a representarse la Pasión de Cristo —en unos autos en los que se revivía su detención, su juicio y su crucifixión, y que daban pie a frecuentes aportaciones que no figuraban en las escrituras—, Judas ya se identificaba con los judíos como pueblo.

El color que se usa para simbolizarlo es el del contagio: el amarillo. Sus símbolos han sido el escorpión, el dinero, las monedas y el nudo de la soga. De acuerdo con las múltiples manifestaciones del arte cristiano primitivo, Judas aparece casi siempre de espaldas al espectador, o sin barba, o vestido con una túnica de un color poco frecuente, sin aureola. Incluso cuando esas representaciones perdieron fuerza en la tradición occidental, Judas siguió pintándose a menudo como un hombre vil, de aspecto simiesco. *La Última Cena*, de Leonardo da Vinci, desafió siglos de tradición al no representar a Judas abandonando la mesa, ni ya ausente, sino sentado cerca de Jesús, el rostro velado por una sombra. Mientras trabajaba en la obra, Leonardo tuvo dificultades con el rostro de Judas. Al final, lo pintó parecido a un prior al que detestaba.

IV

El mayor fracaso que ha conocido el mundo aparece mencionado veintidós veces en el Nuevo Testamento. El Evangelio según San Juan es donde más se lo nombra. En el de Marcos, que probablemente fue el primero en escribirse, es donde aparece menos: Judas es ahí poco más que el punto en una trama unido a un nombre. Mateo y Lucas, que, según la mayoría de los estudiosos, usaron el Evangelio según San Marcos como cimiento de sus respectivas narraciones, se alejan de su fuente cada uno a su manera por lo que respecta a Judas.

Resulta importante comprender que cuando hablamos de Mateo, Marcos, Lucas y Juan como autores de los evange-

lios, no nos referimos tanto a lo que un erudito denomina «mentes detectables» sino a un proceso complejo, e incluso competitivo, de composición y revestimiento interpretativo. Ninguno de los evangelios está firmado, y todos presentan indicios de haber sido tratados en beneficio del perfeccionamiento teológico. Hasta el siglo II, Ireneo de Lyon, cien años después de que el último de ellos fuera completado, no atribuyó cada uno de los textos a un evangelista. (Que los textos hubieran sido concebidos para ser deliberadamente anónimos es una cuestión mucho más difícil y obviamente no resuelta.) Cuando Ireneo atribuyó nombres a los evangelios, no lo hizo necesariamente a partir de la creencia de que unos hombres llamados Mateo, Marcos, Lucas y Juan los hubieran escrito. El concepto de «autoría» no era el mismo en la época antigua que en la actualidad desde el punto de vista moral, como tampoco lo era en su definición. Las discusiones sobre quién escribió este o aquel evangelio en muchos casos se basaban en la autoridad que se creía que había detrás del evangelio en cuestión —ello es así sobre todo en el caso del de Mateo, y del de Juan—, y no tanto en la persona que realmente los hubiera escrito. Es algo similar a lo que ocurre con las tradiciones del judaísmo primitivo, en las que Moisés es visto como «autor» de los cinco primeros libros de la Biblia hebrea no porque los hubiera escrito él, sino porque se creía que las tradiciones que contenían se remontaban hasta él.

La idea de que los escritores de los evangelios eran cronistas conscientes de su tarea que iban por ahí investigando o recordando la historia de Jesús es de algún modo un anacronismo. Las palabras iniciales del Evangelio según San Lucas indican que el autor ha «decidido, tras investigarlo todo cuidadosamente desde el principio mismo, escribir un relato ordenado» sobre los hechos de la vida y el ministerio de Jesús, pero muchos autores de narrativa histórica en el mundo grecorromano iniciaban sus relatos con descripciones de sí mismos en las que aparecían como dechados de fiabilidad. Por ejemplo, el historiador Flavio Josefo, en el siglo I, hace

hincapié, precozmente, en su frialdad de mente: «Expondré los hechos rigurosa e imparcialmente», y sin embargo se lo considera ampliamente uno de los historiadores más gratuitamente tendenciosos de todos los tiempos.

«Mateo», «Marcos», «Lucas» y «Juan» no fueron, probablemente, autores individuales que escribían sus textos a la luz de una vela, recurriendo a sus vívidos recuerdos y a fuentes que tenían a mano. La escritura de los evangelios fue, con toda probabilidad, subsidiada por diversas comunidades cristianas, lo que habría hecho que, en sus primeras formas, fueran el resultado de concesiones. Ello no implica que hubiera nada deliberadamente insincero en los primeros cristianos que hicieron circular los evangelios. Se trata sencillamente de reconocer la naturaleza de éstos que, como atestiguará cualquier especialista que los haya estudiado en sus formas más antiguas existentes, se distinguen por sus miles (literalmente) de errores de transcripción, correcciones intencionadas y peculiaridades regionales. Así, hablar del Judas de Mateo, Marcos, Lucas o Juan es hablar de Judas tal como éste se entendía según las distintas tradiciones engarzadas en unos procesos no bien comprendidos en su totalidad que habían emprendido unas comunidades cristianas a veces muy distintas entre sí.

Al escribir su evangelio, es evidente que Marcos no tenía ninguna intención previa de determinar el significado de Judas, ni de interpretar sus acciones. Así pues, cualquier pregunta relacionada con el retrato que Marcos hace de Judas será en muchos aspectos una adenda a una pregunta más amplia sobre el propio Evangelio según San Marcos. Las pruebas existentes indican con abrumadora claridad que ya existía una tradición oral sobre Jesús antes de que el Evangelio según San Marcos se elaborara, entre tres y cuatro décadas después de la muerte de Jesús. ¿Supone dicho evangelio una ruptura respecto de esa tradición oral, o es más bien la consumación literaria de ésta? ¿Inventó Marcos aspectos clave de la historia de Jesús o se limitó a preservarlos? ¿Fue

Marcos el primero en unir dos líneas separadas de los materiales relativos a Jesús (una línea de «palabras» y otra línea de «obras») en lo que se conoce como «evangelio»? ¿Inventó Marcos la forma del evangelio mediante la combinación de esas dos líneas? Si son todas ellas preguntas tan difíciles de responder es, en gran parte, porque no podemos saber a ciencia cierta si el de Marcos fue el primer evangelio.

El cristiano Papías, a principios del siglo II, que dejó constancia y amplió cuestiones relacionadas con la muerte de Judas con mucho más detalle del que se da en los evangelios, manifestó, en un pasaje célebre, que prefería oír historias sobre Jesús que leerlas. Si eso era así, ¿qué era exactamente lo que oía Papías? ¿Eran los evangelios con los que estamos familiarizados, o unos evangelios que se han perdido, o una tradición oral temprana en la que Marcos pudo haber basado su evangelio, o relatos de personas que habían llegado a conocer personalmente a Jesús y a sus discípulos? Puesto que Papías conocía una versión de la muerte de Judas que era bastante distinta a la de los evangelios, podemos suponer que otras partes de la historia de Jesús aún estaban en fase de fijación a principios del siglo II. En realidad, no hace falta que supongamos nada. Clemente de Roma, Clemente de Alejandría y Policarpo, que vivieron en el mismo periodo que Papías, se refieren en sus obras a dichos que atribuyen a Jesús y que no encuentran un equivalente preciso en nuestras versiones de los evangelios.

El relato de la traición de Judas que aparece en Marcos se inicia con Jesús y los discípulos en Betania, en casa de Simón el leproso. Una mujer sin nombre está sentada a los pies de Jesús y abre «un tarro de alabastro que contiene un ungüento de mucho precio», que procede a derramar sobre la cabeza de Jesús. Según Marcos, «hubo algunos que se enojaron dentro de sí, y dijeron: ¿Para qué se ha hecho este desperdicio de perfume?». Esas personas sin nombre empiezan a regañar a la mujer. Jesús les dice que dejen de molestarla, porque «buena obra me ha hecho. Siempre tendréis

a los pobres con vosotros... pero a mí no siempre me tendréis». Inmediatamente después Marcos prosigue diciendo que Judas «fue a los principales sacerdotes para entregárselo [a Jesús]». Los principales sacerdotes, a su vez, prometen pagar a Judas cuando la traición se consuma. Poco después, Jesús anuncia durante la Última Cena: «Uno de vosotros, que come conmigo, me va a entregar», aunque no nombra a Judas. Entonces Jesús lleva a los discípulos al monte de los Olivos, donde reza solo en Getsemaní y donde le pide a su padre: «aparta de mí este cáliz». Cuando regresa de su oración encuentra a los discípulos durmiendo, y los reconviene («¡Basta!») antes de anunciar súbitamente: «La hora ha venido. He aquí que el Hijo del Hombre es entregado en manos de los pecadores».⁴ Entonces llega Judas junto a una «multitud con espadas y palos, de parte de los principales sacerdotes, y de los escribas y de los ancianos». Judas ha dicho a los sacerdotes que identificará a Jesús con un beso, que le da mientras, con gran adulación, lo llama «rabino».⁵ Y ahí concluye el perturbado y escueto relato que hace Marcos de la traición de Judas.

El evangelista deja sin aclarar una serie de cosas. ¿Le movió, de hecho, a la traición el asunto del unguento desperdiciado? ¿Por qué exactamente necesitaban la ayuda de Judas los sacerdotes principales? ¿En qué momento abandonó Judas la Última Cena? ¿Cómo supo Judas dónde encontrar a Jesús una vez que abandonó la Última Cena? Se trata de preguntas que se le ocurrirían a cualquier lector atento. Pocos leyeron a Marcos más atentamente que Mateo y Lucas, y evidentemente a los dos el relato de la traición les pare-

4. Marcos es muchas cosas, pero no es sofisticado en su narración. En la Antigüedad se lo conocía como «el manco», por su torpeza y su amor por la redundancia. Su idea de una transición elegante es la conjunción «y». Sin embargo, cuando la narración presenta un diálogo de Jesús, Marcos consigue un buen y atípico estilo literario.

5. Siempre traducido como «maestro» en la versión de Reina-Varela (*N. del T.*)

ció demasiado sucinto, o incompleto. El Evangelio según San Mateo se escribió probablemente entre el 70 y el 80, mientras que el de Lucas, seguramente, es unos veinte años posterior, por lo que ambos tuvieron acceso a fuentes de materiales narrativos y legendarios de los que al parecer Marcos no estaba al corriente, o a los que en todo caso no recurrió. Parte de esos materiales únicos tenían que ver con Judas.

Como el de Marcos, el Evangelio según San Mateo inicia la historia de la traición de Judas en Betania. De nuevo una mujer vierte unguento en la cabeza de Jesús. Pero en esta ocasión son, específicamente, «los discípulos» quienes se enfadan. Una vez más, Jesús intenta aplacar su ira con unas instrucciones similares a las de Marcos, tras lo que Judas acude a los sacerdotes principales y les pregunta: «¿Qué me daréis si os lo entrego?». Éstos le responden: «Treinta monedas de plata». (Se trata, al parecer, de un eco de la escritura hebrea de Zacarías. Mateo, más que cualquier otro escritor del evangelio, trabajaba con varios textos de las escrituras a mano,⁶ y extraía de ellos todo el elixir exegético que podía.) El retrato ya resulta más complejo que el que presenta Marcos, pues Mateo hace del dinero la motivación de Judas, y no su recompensa.

Mateo también modifica el anuncio que hace Jesús durante la Última Cena a los doce por el cual uno de ellos lo traicionaría, y lo amplía para dar a entender que conoce la identidad del traidor —algo que Marcos no hace de forma explícita—, y que el traidor sabe que ha sido descubierto. Celso, el filósofo pagano del siglo II, es la primera persona a quien el cristianismo irritó lo bastante como para llevarlo a escribir una denuncia tan extensa como un libro, en la que señalaba que la traición a Jesús constituye una nega-

6. Tanto se empeña Mateo en vincular todo acto y palabra de Jesús a las escrituras hebreas que malinterpreta Zacarías 9.9 hasta retratar absurdamente a Jesús entrando en Jerusalén tanto a lomos de un asno como de un potro. Jerónimo, el padre de la Iglesia, arguyó, ingeniosamente, que aquel evidente despiste era simbólico de la relación de Jesús con los mundos judío y gentil.

ción poderosa de la divinidad de éste: «¿Podría un dios... ser traicionado por los mismos hombres a quienes había enseñado, con quienes lo había compartido todo?». Marcos no proporcionaba ninguna protección contra la crítica según la cual Jesús fue demasiado humano en su estupidez por no prever la traición de que sería objeto. Mateo, en cambio, parece querer demostrar que a Jesús no le sorprendió su traición, lo que lo protege de las acusaciones de falibilidad. A diferencia del de Marcos, el Judas de Mateo habla tras el anuncio de Jesús: «¿Soy yo, maestro?». Mateo también hace que Jesús se dirija a Judas durante la traición. «Amigo, haz lo que has venido a hacer.» Tras asistir a la condena de Jesús, Mateo escribe que Judas «se arrepintió» hasta tal punto que devuelve el pago a los sacerdotes principales. «Yo he pecado entregando sangre inocente», les dice Judas, y, en un gesto que recuerda al del pastor malvado de Zacarías, arroja las monedas al templo. Después se aleja y se ahorca. El Judas de Mateo reconoce pública e indudablemente su pecado, intenta desmarcarse de aquellos con quienes ha colaborado, y se inflige a sí mismo el peor castigo posible. Aquí no aparece el mensaje cifrado de Marcos, ni una pancarta del mal, sino un ser humano cuyas acciones Mateo ha intentado al menos comprender.

Al parecer fue a Lucas a quien más le costó aceptar la idea de que uno de los doce fuera un traidor. Para referir ese incomprensible giro en los acontecimientos, Lucas optó por una explicación que afectaría largamente al pensamiento cristiano: Judas traicionó a Jesús por culpa de Satanás.⁷ Con

7. Lucas, sin duda, tuvo más en cuenta que Marcos y Mateo las implicaciones inherentes al hecho de que Jesús hubiera concedido a los doce el «poder y la autoridad sobre todos los demonios, y para curar enfermedades». Ello supone que se creía que Judas, en cierto momento del ministerio de Jesús, había obrado milagros. Una idea chocante incluso para los laicos más recalcitrantes, que sin embargo está ahí, en las escrituras cristianas. Tal vez, en opinión de Lucas, un hombre a quien Jesús había concedido el don de dominar demonios y curar enfermedades sólo podía ser corrompido por una fuerza de un poder rival.

ello se ampliaba enormemente el alcance, la eficacia y el interés antropológico de Satanás, hasta entonces un enigma que había aparecido poco en la conciencia humana. Lucas, como Mateo, intentaba muy probablemente contrarrestar la importante cuestión de cómo era posible que el Mesías hubiera sido traicionado por uno de los suyos, aunque su pensamiento lo llevó a un plano radicalmente distinto.

Lucas abandona el pasaje de Betania, en lo que a la narración de la entrega de Jesús se refiere, y se limita a constatar que, una vez empieza la Pascua, «entró Satanás en Judas, por sobrenombre Iscariote, el cual era uno del número de los doce»; Judas se entiende con las autoridades, y también aquí recibe pago por sus servicios. Con todo, su motivación sigue siendo demoníaca; el dinero es un añadido mundano. Durante la Última Cena, como el de Mateo, el Jesús de Lucas deja claro que sabe que ha de ser entregado para que se cumpla lo que está escrito («A la verdad el Hijo del Hombre va, según lo que está determinado»), pero se compadece, como también ocurría en Marcos, del que va a entregarlo. Con todo, no se menciona el nombre de Judas. Éste, al parecer, tampoco llega a besar a Jesús cuando lleva a las autoridades hasta su maestro. Lo que en este caso hace Jesús es detenerlo en seco pronunciando estas palabras: «Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?». Ésta es la única vez en la tradición de los evangelios en que Jesús llama a Judas por su nombre.

Juan parece tan desconcertado como Lucas ante la idea de que uno de los propios seguidores de Jesús fuera un traidor. «¿No os he escogido a vosotros, los doce —pregunta Jesús a sus discípulos en el Evangelio según San Juan—, y uno de vosotros es diablo?» Como hace Marcos, Juan cuenta una historia que tiene lugar durante el viaje de Jesús a Betania, aunque en ella se aloja en casa de Lázaro (y no, como en Marcos, en la de Simón el leproso). Lázaro vive con sus hermanas María y Marta, y si en Marcos y en Mateo la mujer que unge a Jesús no tiene nombre, Juan nos

cuenta que es María la que toma «una libra de perfume de nardo puro, de mucho precio» y lo aplica a los pies de Jesús usando para ello sus propios cabellos. Añadiendo un toque de realismo, la casa no tarda en quedar impregnada «del olor del perfume». Juan aporta también otros detalles. En Marcos, unas personas sin nombre se enfadan ante lo que consideran un desperdicio de tan cara fragancia. En Mateo, son sus discípulos. En Juan, es Judas el que protesta: «¿Por qué no fue este perfume vendido por trescientos denarios, y dado a los pobres?». Pero el Judas de Juan no es hombre de conciencia. Según Juan, «Pero dijo esto, no porque se cuidara de los pobres, sino porque era ladrón». Según el evangelista, Judas lleva robando de la bolsa común desde que Jesús inició su ministerio. Sin embargo, es interesante constatar que el dinero no interviene en la versión de la traición de Judas que aporta Juan.

Ello nos lleva ya a la descripción que hace Juan del momento en sí de la traición que es, de todas las que aparecen en los evangelios, la más conmovedora y dramática. Cuando empieza la Pascua, descubrimos que el demonio ha entrado «ya» en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote. Jesús lo sabe, pues el padre «todas las cosas ha entregado en su mano». La Última Cena de Juan, en la que no figura la tradición eucarística presente en los otros evangelios, consiste básicamente en el discurso de Jesús. Una de las primeras cosas que dice es «De cierto, de cierto os digo que uno de vosotros me va a entregar». Los apóstoles, alarmados, miran a su alrededor en la mesa y preguntan quién será. Jesús responde: «A quien yo diere el pan mojado, aquél es». Jesús entrega el pan a Judas. El resto del pasaje merece una cita completa:

Y después del bocado, Satanás entró en él. Entonces Jesús le dijo: «Lo que vas a hacer, hazlo más pronto». Pero ninguno de los que estaban a la mesa entendió por qué le dijo esto. Porque algunos pensaban, puesto que Judas tenía la bolsa, que

Jesús le decía: «Compra lo que necesitamos para la fiesta»; o que diese algo a los pobres. Cuando él, pues, hubo tomado el bocado, luego salió; y era ya de noche.

Se trata de una escena de un poder aterrador, inapelable, que desconcierta hasta lo más hondo. ¿Por qué los discípulos no entienden las palabras de Jesús dirigidas a Judas cuando éste lo ha identificado claramente como traidor? ¿Qué diferencia hay entre el demonio de antes, que «ya» había entrado en Judas, y el «Satanás» que penetra en él aquí? Esa forma de impenetrabilidad narrativa es poco frecuente en Juan. A diferencia de los demás evangelistas, Juan posee un marcado sentido de la narración a la hora de referir la partida de Judas de la Última Cena, así como para explicar que Judas conocía el lugar de encuentro al que Jesús llevaría a los doce después de comer (aunque Juan no lo llama «Getsemaní»). Y sin embargo, tras dedicar a Judas a una atención narrativa tan detallada, Juan se conforma, durante la escena de la traición, con dejar a Judas «con ellos», es decir, con las autoridades, y no le adjudica nada que decir ni hacer. Juan también coloca a una «compañía» de soldados romanos para que lleven a cabo la detención, y Jesús los echa a todos al suelo en una demostración aparente de su poder. La palabra traducida como «compañía» es de hecho, en griego, un término militar técnico equivalente a cohorte, es decir, a un grupo de seiscientos soldados, cifra que habría supuesto contar prácticamente con todos los efectivos disponibles en la ciudad de Jerusalén. Que Juan, sencillamente, se confundiera con el término, o que deliberadamente quisiera mostrar a seiscientos soldados buscando a un solo hombre, es algo que no está claro, aunque ningún otro evangelio indica la presencia de soldados romanos durante la detención de Jesús. Juan, dando la espalda al desagradable espectáculo, ya no vuelve a mencionar a Judas.